

Cambiar el mundo (segunda parte)

Castro Fernández de Lara, José Leopoldo

2015

<http://hdl.handle.net/20.500.11777/2148>

<http://repositorio.iberopuebla.mx/licencia.pdf>

Cambiar el mundo (segunda parte)

Hace un par de semanas hablaba sobre lo difícil que es cambiar el mundo, sobre la utopía que constituye pensar en estas cosas y sobre la injusticia y falsedad que representa atribuir la responsabilidad a una persona en particular para completar esta tarea. Las grandes marcas – deportivas, de comida chatarra, etc- nos dicen “el cambio está en ti”, “tu puedes cambiar el mundo”... mientras tanto ellas se encargarán de hacer lo contrario; de obstaculizar los procesos de cambio y promover los estilos de vida que perpetúan la injusticia y la desigualdad social.

Muchas veces nos preguntamos qué podemos hacer para cambiar el mundo. ¿Es en verdad tan difícil? ¿Se puede? Hace algunas décadas los jóvenes lo intentaron, hicieron todo lo que ahora se supone que deberíamos hacer para exigir el cambio: protestaron, se manifestaron en contra de los poderes hegemónicos, organizaron actividades que desafiaban al sistema en lo cultural, político y social ¿Y qué pasó? ¿El mundo mejoró? Hoy en día de los *hippies* –cuyo término tiene que ver con las mismas raíces que el hoy famoso *hipster*- ya solo queda la estética y la búsqueda de prácticas de meditación y relajación pues los ideales sociales y políticos han sido olvidados. En algún momento del 68 se pensó que las cosas podrían llegar a ser diferentes pero después esa juventud optó por abrazar un estilo de vida burgués y disfrutar de las comodidades que la naciente tecnología les otorgaba. Muchos de esos *revolucionarios* hoy ocupan posiciones de poder y aunque mantienen el discurso de justicia y libertad, en sus acciones lo que realmente se descubre es un estilo de vida similar al del resto de las personas.

No quiero señalar a nadie ni demonizar a los antiguos jóvenes. Los de hoy somos iguales y al haber experimentado la evolución tecnológica nos hemos acostumbrado a sus virtudes. No solamente hablo del celular o de la computadora sino de la posibilidad de tener fruta de una estación disponible todo el año en un supermercado, de poder transportarnos a miles de kilómetros en unas cuantas horas, de consumir comida que no existe en la naturaleza pero estimula nuestro centro de recompensa cerebral y nos hace sentir excitados, de tener relaciones sexuales eliminando las consecuencias, de tener ropa que nos ayuda a protegernos del clima como nunca antes, de construir casas que desafían toda lógica, de realizar trabajos en los que ocupamos nuestra mente y no nuestros cuerpos. Sumado a esto se nos ofrecen un sinnúmero de oportunidades de consumo que alargan nuestra niñez y buscan asociar nuestras emociones con la experiencia de comprar: viajes, comida, placer, oferta infinita de series y programas de televisión, información disponible en todo momento sobre cualquier tema que cambia nuestra forma de aprender, teléfonos más inteligentes que nosotros, videos de animales que nos enternecen y nos animan a rescatarlos para evitar sus tristes destinos aunque mi vecino no tenga para pagar la medicina de sus hijos –que trabaje- etcétera, etcétera, etcétera.

El problema somos nosotros dentro de un sistema que no funciona, que promueve la injusticia, la desigualdad, la maldad. Nosotros somos simples consumidores, simples usuarios de nuestras propias existencias y la buena noticia es que no tiene por qué ser así. Para cambiar el mundo hace falta tomar conciencia de nuestro lugar en el mundo. El primer paso en un proceso de cambio siempre es querer cambiar y para querer cambiar tenemos que ser conscientes de lo que está pasando. Entonces debemos preguntarnos en todo momento ¿por qué hago esto? ¿Por qué estoy comprando esto? ¿Por qué estoy aquí? No en un sentido filosófico –o sí, no lo se- sino en un sentido práctico, pragmático: debo de pensar qué estoy haciendo, por qué estoy haciendo esto y para qué

lo estoy haciendo. Entonces y solo entonces es posible que surjan nuevas motivaciones, conflictos que justifiquen el pensar y reflexionar sobre el porqué de las cosas y la posibilidad de actuar diferente.

Actuar diferente es romper el sistema, desbordarlo utilizando la paz. Como en otro tiempo hicieron grandes figuras de la historia humana y hoy en día lo hacen muchos anónimos que no buscan gloria ni reconocimiento sino felicidad, paz, crecimiento no solo económico y no solo para ellos sino en todos los sentidos y para todas las personas. Actuar diferente es cambiar el mundo porque es negarse a participar en las reglas que el sistema nos impone y que cumplimos sin darnos cuenta. Hacer bien las cosas, cumplir con tu trabajo en todo momento y de la mejor forma, compartir tu dinero en lugar de comprar más cosas, apoyar causas que sabes que funcionan, dar tiempo sin pedir nada a cambio, así se cambia el mundo.